

clariniana referida a la obra literaria de Valera anterior a la última década del pasado siglo.

Las primeras ocasiones en que Leopoldo Alas se ocupa de la personalidad intelectual de Valera datan de finales de 1875 en el periódico *El Solfeo* de cuerda republicana federal. Por entonces Clarín participa activamente en el debate ideológico y político defendiendo unas posiciones de abierto y radical progresismo democrático. «De 1875 a 1881, Clarín mantiene una lucha constante contra las trabas que el gobierno pone a la libertad de imprenta, contra la censura, las multas, las suspensiones, pero esa lucha se inscribe en el combate por la libertad y la democracia que motiva su actividad de periodista militante durante aquellos años»<sup>14</sup>. Valera, mucho mayor, y de otra cuerda política —la moderada— anda por estos años atareado en el más fecundo período de creación literaria de su vida (1874-80). A las espaldas de ambos, la «Gloriosa» y los acontecimientos del sexenio revolucionario, leídos con desigual óptica política. En el bagaje novelístico de Valera dos novelas ya publicadas, su obra maestra *Pepita Jiménez* (1874) y *Las ilusiones del doctor Faustino* (1874-75), precisamente aquéllas a las que Clarín no dedicó artículos críticos detenidos como hizo para cada una de las restantes, aunque las había leído con gran detenimiento y las admiraba, como en reiteradas ocasiones hace notar<sup>15</sup>.

La atención del joven Clarín en sus artículos de *El Solfeo* y *La Unión* gira en torno de la actividad crítica del autor de *Pepita Jiménez*, señalando tanto el tono ligero y desenfadado de su quehacer como la abundante erudición que lo acompaña. Son agudísimas las sintéticas definiciones clarinianas de la personalidad de Valera. Así, en abril de 1876 le califica como «un sabio que no ha perdido el sentido común»<sup>16</sup>, y en mayo de ese mismo año como «el Voltaire ortodoxo y constitucional»<sup>17</sup>, calificativos que revelan el alto conocimiento que el asturiano tenía ya de don Juan Valera, al calar en la diferencia existente entre sus vivencias y convicciones íntimas y la actividad elegante, de distancia refinada y de ingenio ameno con que a menudo las expone. Rasgo característico éste que es de nuevo formulado por Clarín en uno de los mejores ensayos de *Solos*, «El libre examen y nuestra literatura presente»: «Don Juan Valera es, en el fondo, mucho más revolucionario que Galdós, pero complácese en el contraste que ofrece la suavidad de sus maneras con el jugo de sus doctrinas...

---

<sup>14</sup> LISSORGUES, Y.: *Clarín político, II*. Toulouse, Institut d'Études Hispaniques et Hispano-Américaines. Université de Toulouse-Le Mirail, 1982; pág. 20.

<sup>15</sup> Tal vez la más temprana referencia a estas dos novelas de Valera sea la siguiente: «Valera, Alarcón y ahora Pérez Galdós son los iniciadores de un renacimiento glorioso: empezamos a tener novelistas; y todos ellos interesados en las luchas del momento, en vez de remover ruinas y escombros procuran edificar para el porvenir; ¡lástima que alguno se empeñe en aprovechar materiales viejos y carcomidos! Valera, el más profundo de los tres, ha penetrado en los subterráneos del alma, que decía Maine de Biran, y en su *Pepita Jiménez* y, sobre todo, en *Las ilusiones del doctor Faustino* ha escrito páginas de suma belleza literaria y dignas de meditación detenida». (ALAS, LEOPOLDO: «Doña Perfecta, novela del señor Pérez Galdós». *El Solfeo*, 3-X-1876). Cito por *Preludios de «Clarín»* (estudio, selección y notas de J. F. Botrel). Oviedo, Instituto de Estudios Asturianos, 1972, pág. 86).

<sup>16</sup> ALAS, L.: «La decadencia del teatro y la protección del gobierno» (*El Solfeo*, 11-IV-1876). *Preludios de «Clarín»*, ob. cit., pág. 63.

<sup>17</sup> ALAS, L.: «La Academia Española. Recepción del Sr. Núñez de Arce» (*El Solfeo*, 31-V-1876). *Preludios de «Clarín»*, ob. cit., pág. 71.

A vueltas de mil alardes de catolicismo, de misticismo a veces, Valera es un pagano; tiene toda la graciosa voluptuosidad de un espíritu del Renacimiento y todo el eclecticismo, un tanto escéptico, de un hombre de mundo filósofo del siglo XIX... La filosofía de Valera es una filosofía de adorno»<sup>18</sup>.

Singular importancia tienen también, en el riquísimo mosaico de la crítica militante de *El Solfeo* y *La Unión*, las breves referencias al humor y la ironía de Valera, que luego formulará con mayor precisión. Tal vez sea la reseña dedicada a *Pasarse de listo*, aparecida en *El Solfeo* en julio de 1878 (lamentablemente no incluida por el profesor Botrel en su magnífica edición de *Preludios*), la que de manera más clara vincula el humorismo y la ironía de Valera con el idealismo alemán, y que surge del «contraste entre la espiración ideal y el ruin resultado en que, a veces, quedan las cosas de la vida»<sup>19</sup>. La asombrosa inteligencia del autor de *La Regenta* atisbaba una de las claves de la estética de don Juan Valera que, como demostré en otro lugar<sup>20</sup>, es deudora de las ideas establecidas por Hegel en su *Cours d'esthétique*, traducido y adaptado por Charles Bénard entre 1840 y 1852. Y, al mismo tiempo, nos advierten del riguroso conocimiento que de la estética hegeliana había adquirido el joven Clarín a partir de su formación krausista, y que él mismo reconocía años más tarde en una carta de marzo del 88 dirigida a Menéndez Pelayo<sup>21</sup>.

Clarín, lo señaló Sergio Beser apostillando el libro de Gramberg, *Fondo y forma del humorismo de Leopoldo Alas*, sostenía tanto en sus inicios de periodista militante como a lo largo de su obra crítica más madura que existían básicamente dos tipos de humor: uno el «humorismo español», cuyo ejemplo paradigmático es *El Quijote*, y que consiste en un «espíritu burlón, no escéptico»<sup>22</sup>, es «como correctivo del excesivo idealismo que el español lleva en el alma; es un miedo a *hacer la bestia* por ser demasiado ideal»<sup>23</sup>.

<sup>18</sup> CLARÍN: «El libre examen y nuestra literatura presente», *Solos*. Madrid, Alianza Ed., 1971, pág. 73. La primera edición es de 1881.

<sup>19</sup> Cito a Leopoldo Alas por el magistral estudio de Beser, S.: *Leopoldo Alas, crítico literario*. Madrid, Gredos (BRH), 1968, pág. 146.

<sup>20</sup> Ver el *Estudio Preliminar* a Valera, J.: *Pepita Jiménez* (ed. de Adolfo Sotelo). Madrid, SGEL, 1983, págs. 25-45.

<sup>21</sup> Decía Clarín: «Participó del entusiasmo de Vd. por Hegel, por su *Estética*, que yo he leído en francés hace muchos años y después otra vez en francés, en una edición en dos tomos» (*Epistolario entre Leopoldo Alas y Menéndez*, prólogo de G. Marañón. Notas de Adolfo Alas, Madrid, ed. Escorial, 1943). Por otra parte, la mejor crítica clarínista actual está analizando las indudables huellas de la estética hegeliana en Clarín y *La Regenta*. Además de las iniciales indicaciones del ya citado libro de Beser, han tratado este tema el profesor Gonzalo Sobejano en su conferencia de clausura («Prosa y poesía en *La Regenta*») del *Simposio sobre Clarín y «La Regenta»*, celebrado en la Universidad de Barcelona en marzo de 1984 (conferencia que pronto verá la luz en las *Actas* que recogerán la actividad del Simposio, que dirigió el profesor Antonio Vilanova) y en un artículo «Clarín y el sentimiento de la virgen», publicado en el colectivo *Aufstieg und Krise der Vernunft. Komparatistische Studien zur Literatur der Aufklärung und des Fin-de-siècle*. (Herausgegeben von M. Rösner und B. Wagner). Köln, Herman Böhlau Nachf, 1984, págs. 157-172. Y el profesor Vilanova, tanto en su conferencia («Nuevos datos sobre la génesis de *La Regenta*») del ya citado Simposio, como en el reciente artículo «*La Regenta* de Clarín y la teoría hegeliana de los caracteres indecisos». *Insula*, Madrid (junio, 1984).

<sup>22</sup> CLARÍN: *Ensayos y Revistas (1888-1892)*. Madrid, Manuel Fernández Lasanta ed., 1892, pág. 401.

<sup>23</sup> CLARÍN: *Palique* (ed. de J. M.<sup>a</sup> Martínez Cachero). Barcelona, Labor (THM), 1973, pág. 88. La primera edición es de 1893.

Y otro, el «humorismo alemán», en el que situaba a Valera en la línea del definido por el idealismo (Kant, Hegel...). Esta segunda manera, cuya esencia es el contraste entre los ideales desmedidos y los mediocres resultados a los que la vida conduce, y además la contraposición entre el fondo y la expresión, es presentada por Hegel en su *Estética* como la culminación al mismo tiempo que la destrucción del espíritu romántico.

Partiendo de lo anterior, Clarín define a Valera como humorista a la alemana. «Su humorismo profundo, sabio, le ha llevado por tantos y tan inexplorados caminos, que bien se puede decir que Valera ha hablado de cosas de que jamás se había hablado en castellano»<sup>24</sup>. Y de este modo Valera se le aparece unos meses más tarde y con *Pepita Jiménez* en la trastienda como «un humorista de cepa legítima, no por gustos pasajeros de la moda, sino por su temperamento psicológico y literario; para él la vida es un grande y muy divertido espectáculo, un juego de antítesis, de graciosas combinaciones, donde es un placer deshacer una gran síntesis bonachona y quimérica con un análisis sabio, frío, burlesco, pero siempre suave, elegante y gracioso»<sup>25</sup>, lo que está en íntima relación, y ese es el juicio de Clarín, con el hecho de que Valera escriba siempre de sí mismo: «Valera sabe tan bien como cualquiera que sus personajes se le parecen, que hablan como él y de él; pero no importa, eso es lo que él se propone»<sup>26</sup>. Actitud que, por cierto, lleva a Clarín a acusar en numerosas ocasiones a Valera de egoísta, al cerrarse en sí mismo y despreocuparse del mundo exterior. Dicho de otro modo: Valera nos da en sus novelas el espectáculo de su alma, y de ahí que autor y personajes sean considerados a esta luz como egoístas; un egoísmo sobre el que Clarín mantiene una actitud que no es abiertamente condenatoria, porque si en 1876, y refiriéndose al contraste entre *Pepita Jiménez* y *Gloria*, veía en ésta una superioridad que consistía en la defensa de una moral objetiva, absoluta y de perfección frente a las novedades humorísticas en materia ética de *Pepita Jiménez*, y podía escribir que «ese filosofismo es un egoísmo en rigor, egoísmo no exento de nobleza, en cierto modo digno de alabanza, pero hay algo superior. *Pepita Jiménez*, *Luis de Vargas* y *El doctor Faustino* se resienten todos del egoísmo en cuestión»<sup>27</sup>; años más tarde —ya lejanos los tiempos de la novela tendenciosa— y en *Nueva Campaña* (1885-86), al trazar la excepcional semblanza de Valera, era mucho más cauto en la valoración de ese egoísmo: «Se observa en los libros de este autor, y aún en su conversación y en sus discursos, ese egoísmo saludable y legítimo que consiste en consagrar una gran atención al propio destino y al buen vivir de las facultades del alma; egoísmo que no tiene nada de repulsivo, pues en él dedicamos a nuestro propio individuo atenciones y esmeros que no es posible que dediquemos a los demás»<sup>28</sup>.

Volviendo a lo anterior, hay que señalar que Clarín acertaba con una importante idea de la estética de Valera: el humorismo. Y si antes de 1880, y en pleno auge de la novela tendenciosa, Clarín veía en el humorismo un arma de doble filo que si bien

<sup>24</sup> CLARÍN: *Solos*, ob. cit., pág. 74.

<sup>25</sup> CLARÍN: «Del estilo en la novela» (*Arte y Letras*, 1882-83). Cito por Beser, S.: *Leopoldo Alas: Teoría y crítica de la novela española*. Barcelona, Laia, 1972, pág. 68.

<sup>26</sup> CLARÍN: «Del estilo en la novela», ob. cit., pág. 68.

<sup>27</sup> CLARÍN: «El Comendador Mendoza». *Solos*, ob. cit., pág. 293.

<sup>28</sup> CLARÍN: «Valera». *Nueva Campaña* (1885-86), ob. cit., pág. 91.